

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa el mismo rústico jardín de la segunda escena del primer acto, pero sin el lecho de Lisardo ni el asiento. La gruta de Marcolán, y el dentro de ella, está siempre inmutable. — Sale LISARDO por escotillon, con traje humilde y sin la sortija.

LISARD. *(Asombrado.)*

¿Adónde, adónde, cielos, me ha traído el anillo encantado?...
¿Cómo hasta aquí tan rápido he venido?
¿Qué lóbrega region he atravesado?
Pasmado estoy.

(Notando que le falta la sortija.)

Mas ¡ay!... la misteriosa sortija, ¿qué se ha hecho?...
¿Cómo he perdido prenda tan preciosa?
Entre mis manos mismas se ha deshecho.

(Reconociéndose la mano.)

Sí... desapareció. Y en lugar de ella, en torno de mi dedo, de sangre helada me quedó una huella.
¡De asombro respirar apenas puedo!
(Reconociendo el sitio en que está.)
Mas, ¿dónde estoy?... No hay duda, la donde tan venturoso *(floresta)* me ví en los brazos de mi Zora, es esta, donde empecé á vivir y á ser dichoso.

(Complacido.)

Aquí descansaré. Y aquí del mundo de crímenes, tornando al de placer y amor, el furibundo rigor de mi destino iré amansando.
(Pausa, y recorre la escena como para cerciorarse de que es el mismo sitio que dice.)

Mas ¡ay!... No tan risueña me parece como la vez primera esta mansion. Ni plácida me ofrece aquel encanto que á mi pecho diera. ¿Acaso nunca el hombre la ventura recupera perdida, y vano es su afanar cuando procura felice ser dos veces en la vida?... No; sin duda esta selva me parece lóbrega porque en ella, como resplandeció, no resplandece

la pura luz de mi divina estrella. Yo buscaré perdido y anhelante á mi adorada Zora, y tornarán su aliento y su semblante á hacerme esta mansion encantadora.
(Va á salir resuelto, y vuelve afligido y turbado.)

Pero, ¡triste de mí!... ¡Zora!... Yo ingrato la rechacé orgulloso, con duro acento, con altivo trato, desoyendo su ruego doloroso.
¿Y cuándo?... Cuando hermosa y apacible, ángel de paz, venia de un crimen espantoso, atroz, horrible, á libertar, ¡ay, Dios! el alma mia.

(Profundamente conmovido.)

¡Zora!... ¡Zora!... Vengada estás, mi pecho es raudal de amargura, y por las garras del dolor deshecho, implora tu perdon y tu ternura.
¿Y obtendré tu perdon? Dulce esperanza de obtenerlo me alienta, pues no cabe el rencor ni la venganza en el tierno candor que en tí se ostenta.
¡Ah!... Perdóname, sí, dame consuelo, que tú sola en el mundo puedes sacarme, por favor del cielo, de este agitado piélagos profundo.

Sale y cruza lentamente el teatro un rústico y humilde entierro, compuesto de cuatro doncellas vestidas de blanco con guirnaldas de ciprés. Cuatro villanos con sayos negros, que en unas angarillas llevan á Zora muerta y vestida cual se presentó en la segunda escena del primer acto, y detrás dos hombres enlutados y un viejo enterrador, también de luto, y con un azadon al hombro.

LISARD. *(Sorprendido.)*

¡Oh cielos!... ¿Qué viene allí?...
Un rústico funeral.
Me hiela un sudor mortal.
No sé lo que pasa en mí.
Preguntaré. *(Se acerca al enterrador.)*

Buen anciano,
¿quién es esa desdichada?

ENTER. Es Zora, que abandonada

por un marido inhumano, y ardiendo siempre en amor, tras de penosa agonía murió al despuntar el dia, víctima de su dolor.

LISARD. *(Convulso.)* ¿Zora?...

ENTER. Sí, Zora.

LISARD. *(Fuera de sí, deteniendo el entierro.)*

¡Ah! ¡Dejad

que sobre el cadáver yerto este infeliz quede muerto, y una tumba á entrambos dad!

ENTER. Retroceded, imprudente.

alejaos... ¿qué pretendéis?

No el reposo profaneis de una mísera inocente.

LISARD. *(Furioso.)* ¡Este cadáver es mio, miserables!

ENTER. ¡Insensato!

¿Qué frenético arrebato, qué furioso desvarío te obliga?...

LISARD. *(Acometiendo al féretro.)*

Sí, Zora es mia.

Dádmela, que es mia, sí, ó todos sereis aquí despojo de mi osadía.

(Los dos enlutados que defendian el féretro se asustan y retroceden.)

ENTER. *(Asustado.)* De su furia me acobardo.

LISARD. *(Furioso en todo extremo.)*

¡Dadme, dadme luégo á Zora, ó la rabia abrasadora temed del feroz Lisardo!

Al oír este nombre, los cuatro que llevan las angarillas las dejan en el suelo sobrecogidos de terror, y ellos y las doncellas se ponen en fuga.

ENTER. *(Sobrecogido de espanto.)*

Lisardo es el que miramos.

Sí, Lisardo el asesino.

¿Por dónde á esta tierra vino?

¡Qué horror!... ¡Oh cielos! huyamos.

(Vase con los dos enlutados.)

Corre Lisardo frenético. Levanta el velo negro que cubre el cadáver de Zora; lo saca del féretro y lo lleva en brazos á un lado del proscenio, haciendo extremos de demente.

LISARD. *(Agitadoísimo.)* ¡Zora del alma mia,

Zora, mi bien, despierta!...

¡Zora... mi Zora!... ¡Ah! ¡muerta!

¡Helada!... Apenas puedo respirar.

Y yo, yo, ¡estrella impía!

yo te he dado la muerte.

¿Y en mis brazos tenerte

oso, y tu faz marchita contemplar?

(Reconociéndola y tocándola como dudoso de su muerte.)

¿Engañoso desmayo

acaso no pudiera,

cual nube pasajera?

(Cerciorado.)

No.—Es un cadáver.—¡Mísero de mí!

(Alejándose del cadáver.)

Cielos, lanzad un rayo

que mi frente confunda,

que me anonade y hunda,

y que á su lado me sepulte aquí.

(Acercándose é inclinándose sobre el cadáver.)

Si pudiera mi aliento,

si mi sangre, mi vida,

si la llama encendida

en mi pecho, do el crimen se asentó,

pasarse en un momento

á esta ceniza fria...

¡Oh cuánto ganaria

el mundo, y cuánto ganaria yo!...

(De rodillas.)

Con el mundo piadoso

sed, ¡oh Dios! Revivida

á costa de mi vida

volvedle esta mujer angelical,

este astro luminoso.

Y de mí libertadle,

el espanto quitadle

de este monstruo sangriento y criminal.

(Delirante, abrazando el cadáver de Zora.)

Mi ángel, despierta;

álzate, mira,

vive, respira,

oye mi voz.

(Despechado.)

¡Ay!... ¡Está muerta!

Y yo la muerte

¡horrenda suerte!

le dí, feroz.

Yo me ahogo, mísero,

no puedo más.

Mujer angélica,

vengada estás.

Ardiente tósigo

me abrasa, sí:

¡oh tierra! trágame,

trágame aquí.

(Queda inclinado sobre el cadáver, abrumado de dolor.)

LISEO. *(Dentro.)* Lisardo... Lisardo.

LISARD. *(Aterrado.)* ¿Quién?...

La voz de la eternidad

me ha llamado... ¡Oh Dios, piedad!

Piedad de un mísero ten.
(Sale Liseo, y al verlo queda Lisardo confundido.)

LISEO. (En tono amenazador.)
Lisardo, si no contento con haber dado la muerte á esa infelice, faltando al juramento solemne que aquí en mis manos hiciste, cebarte furioso quieres en su mísero cadáver, y en tu crimen complacerte, la justicia de los cielos y la de los hombres teme. La justicia que reclama el desconsuelo, que adviertes con horror en mis mejillas, y en las sombras de mi frente. Que el desconsuelo de un padre, como yo afligido, siempre en el tribunal eterno piadosa acogida tiene.

LISARD. (Turbado, acercándose á Liseo.)

¡Señor!... ¿Sois vos?

LISEO. (Severo.) Sí, Lisardo.

Soy Liseo. Tiembla al verme. Soy el que te dió su hija para que feliz la hicieses. Mira cuál la devolviste á su paternal albergue.

LISARD. (Confuso.)

Señor... Sois el primer hombre, que... turbado... reverente... temblando escucho.

LISEO. Lisardo, no soy yo quien tanto puede. Es el espectro espantoso, que delante miras siempre; y son los remordimientos de los crímenes que hierven en tu corazón.

LISARD. (Desconsolado y suplicante.)

¡Oh padre!...

LISEO. (Retrocediendo.)

Quita, monstruo... ¿Qué pretendes?

LISARD. Yo... Mi Zora...

LISEO. ¿Zora tuya?...

Zora es sólo de la muerte: Zora de la tierra es sólo, y yo solo soy quien debe darle el último descanso. Aléjate. Aquí no eres más que una espantosa hiena, un buitres voraz, que viene á destrozarse un cadáver. Déjalo en paz. Húyete, vete.

(Va cerca del cadáver y se pone en actitud de defenderlo.)

LISARD. (Conmovido.) No, no. Mi esposa fué Zora, y si no logro la muerte, que es lo que anhelo, á su lado, para que ambos nos encierre un mismo sepulcro, quiero dárselo como merece.

(Recobrando su altanería.)

Mi magnífico palacio, que domina estos verjeles, recíbala en sus salones; y en ellos mi esposa encuentre el soberbio mausoleo, que á sus cenizas conviene. Todas mis riquezas, todas, en su sepulcro se ostenten; y de que fué esposa mia en el mundo se conserve el recuerdo, en oro y mármol consignado para siempre.

LISEO. ¡Insensato!... ¿Tus riquezas?...

¿Tu palacio?... Estás demente.

¿Ignoras que de bandidos

una codiciosa hueste

ha robado tus tesoros,

y que ha incendiado inclemente

tu magnífico palacio?

Corre á verlo. Nada tienes.

Tus riquezas y tu alcázar

son vil ceniza, humo leve.

Lisardo sobrecogido vuelve el rostro al fondo de la escena y abriéndose y apartándose de repente los árboles, dejan ver á lo lejos el palacio ardiendo, y queda todo iluminado con el rojo resplandor del incendio.

LISARD. (Corriendo hácia el fondo.)

¿Qué es lo que miro?... ¡Infelice!

¡Ah!... mis fuerzas desfallecen.

(Cae al suelo privado de sentido.)

Liseo hace una seña, y salen los cuatro villanos con sayos negros, colocan apresuradamente el cadáver de Zora en las angarillas, y con ellas se van todos, dejando solo y tendido en tierra á Lisardo. Se vuelven á unir los árboles del fondo, ocultando el incendio, y queda la escena en la mayor oscuridad.

(Volviendo en sí.)

¡Infeliz! ¡infeliz!... ¡Ay!... ¿Y aun respiro?

¿para qué torno á la angustiosa vida?

¿En dónde un rayo de consuelo miro?

¡Ah! toda mi esperanza está perdida.

(Se levanta del suelo.)

Sí, toda mi esperanza

se la ha llevado el viento.

(Recobrando gradualmente su energía.)

¿Y quedará Lisardo sin venganza,

tendido en este potro de tormento?
Yo, yo, dominador de la ancha tierra,
yo, rayo de la guerra,
¿he de morir en este valle oscuro
como el más vil mortal, como un gusano;
y reirá el orbe ufano,
de mi furor juzgándose seguro?

(Despechado.)

Desplómate, rasgado en roncros truenos,
cielo, sobre mi frente,
ó trágame inclemente,
tierra de horror, en tus oscuros senos.

¿Yo desde el regio trono
en la miseria hundido,
y por traidores pérfidos vendido,
y de una vil mujer por el encono?

¿Y cuando en mis riquezas
nuevo apoyo busqué, para que el mundo
admirando de nuevo mis proezas
otra vez lleno de terror profundo

se humillara á mis plantas,
tras desventuras tantas,
hallo ceniza y humo,
y en furor impotente me consumo?

(Pausa.) Mas nada, nada importa
cuanto perdí, que aun quedo yo. Y aun
el colosal aliento (siento
que mi indomable corazón aborta.

Si el cielo me ayudara... ¿Mas qué dice
mi necio labio?... El cielo me maldice.
Pues bien, mi ayuda sea
el infernal poder. Oiga mi ruego,

deme su auxilio, y luégo
asombrado verá cuán bien lo emplea.

Se oye un espantoso trueno subterráneo, y sale por escotillon el demonio vestido de bandolero, pero con algunas señas que manifiestan quién es. En el momento de aparecer se verá un gran relámpago que alumbré toda la escena, volviendo luégo á quedar en tinieblas.

DEMON. (Con voz áspera.)

¿Qué del infierno quieres?

El á satisfacer tu afán me envía.

LISARD. (Asombrado.)

¡Oh qué espanto!... ¿Quién eres?

DEMON. No la presencia mia

te turbe, pues poder para ayudarte,

Lisardo altivo, tengo; y para darte

los medios con que alcanza

un hombre de tu temple la venganza.

LISARD. (Reanimado y con ansiedad.)

Dame armas y pendones,

guerreros escuadrones,

que mis contrarios aterrados vean

y que del orbe el exterminio sean.

TOMO II

El demonio da una patada en el suelo, y de los troncos de los árboles, de los riscos, y de debajo de tierra salen bandoleros de aspecto feroz y torvo, vestidos de pieles de fieras, con cascos de hierro y con cimitarras, lanzas, arcos y flechas. Lisardo los mira con asombro y admiración.

DEMON. Hélos aquí presentes,
y aunque los juzgues pocos, tan valientes
que excederán en mucho tus deseos,
poblando el ancho mundo de trofeos.

LISARD. ¡Oh qué extraño portentoso!

Nacen escuadras á mi solo aliento.

(Se reconoce y ve que no tiene espada.)

¿Pero yo desarmado?

DEMON. (Dándole una espada.)

Este estoque te traje preparado,

guadaña de la muerte,

y prenda digna de tu brazo fuerte.

Con él á la cabeza

ponte de estos valientes bandoleros,

que bandoleros son, mas no te asombre,

pues no serás, Lisardo, el primer hombre

de arrojo y fortaleza,

que al frente de bandidos ha logrado

un imperio rendir, un elevado

trono fundar, y ver postrado al mundo

besar su planta con terror profundo.

LISARD. (Entusiasmado.)

Sí; cuando empuño una tajante espada

y de valientes circundar me veo,

ser ya señor del universo creo,

y contemplo la tierra encadenada.

DEMON. Emprende tus campañas,

que el renombre inmortal de tus hazañas,

obedientes muy pronto á tus pendones

traerá nuevos y fuertes escuadrones

y poderosas lanzas,

que satisfechas dejen tus venganzas.

Y porque no tan sólo con despojos,

de fresca sangre rojos,

premie á los soldados

que sigan tus banderas esforzados,

quiero mostrarte ahora

las riquezas ocultas que atesora

este bosque sombrío.

Por aquí de oro puro pasa un río.

Míralo por las señas

que te dan estos troncos y estas breñas.

(Toca varios troncos y piedras, y se convierten en oro resplandeciente.)

Todo es tuyo, Lisardo.

LISARD. (Reconociendo admirado aquella riqueza.)

¡Portento sin igual!... ¿Y ya qué aguardo?

(Dirigiéndose á los bandoleros, que estarán apiñados á un lado.)

¡Oh, valientes! volemós,

y al mundo leyes y cadenas demos.
Campañas y ciudades
se conviertan en yermas soledades,
y abriendo á sangre y fuego ancho camino,
las leyes trastornemos del destino;
por él ciegos corramos,
sembrando horror y muerte. Vamos, va-
(mos.

Se arroja decidido Lisardo al frente de los bandoleros hácia el fondo de la escena, donde se levanta de pronto delante de él, atajándole el paso, una muralla de bronce; y baja de las bambalinas, y se pone de pié sobre la muralla, un ángel mancebo, con una ropa flotante de tela de plata, alas extendidas de plumas de colores, y con dos espadas de fuego, una en cada mano. Al mismo tiempo arde arriba una llama de Bengala que lo ilumina todo. Lisardo retrocede horrorizado, y lo mismo el demonio y los bandoleros, agrupándose todos á un lado del proscenio sin osar mirar al ángel.

ÁNGEL. ¡Confúndete, miserable!
¡Tente, mortal infeliz!
tu furia y la del infierno
pasar no pueden de aquí.

LISARD. (*Aterrado.*)
¡Ah!... ¿Qué es esto?... ¿Qué alto muro
se alza mi paso á impedir?
¿Qué luz deslumbra mis ojos?...
¿Qué voz tronadora oí?...
(*Abrazándose al demonio.*)

Dame tu amparo...
DEMON. (*Cobarde y despechado.*)

No puedo
contigo adelante ir,
que es la voluntad divina
el muro que ves ahí;
y traspasarlo no pueden
ni mi audacia ni mi ardid,
ni todo el infierno junto
derribarlo... ¡Pese á mí!
(*Se hunde el demonio y los bandoleros, y se queda Lisardo sin espada.*)

ÁNGEL. La medida se ha llenado.
Decretado está tu fin.
(*Se remonta el ángel y desaparece, y se apaga la llama de Bengala, quedando enteramente oscura la escena.*)

LISARD. (*Medio derribado en tierra.*)
¡Ay de mí desdichado!
¡Qué horror!
Siento mi pecho helado
de terror.
¡Ay!... Mi soberbio brio,
¿dónde está?
El alto esfuerzo mio
nada es ya.

VOCES. (*Dentro á lo léjos.*)
¡Por aquí, por aquí!

OTRAS. (*Dentro más cerca.*)
Vamos, marchemos.

ARBOL. (*Dentro.*)
Si aquí el traidor se oculta,
y lo espeso del bosque dificulta
que con él encontremos,
al fuego abrasador la selva demos.

LISARD. (*Levantándose presuroso.*)
Allí, ¡oh furor! mis enemigos vienen,
y del vil Arbolán la voz escucho.
Con nuevas ansias lucho...
Aun miedo á mi poder cobardes tienen.
Y tienen bien... (*Reanimado.*)

porque mi faz airada
sabría aterrarlos y mi ardiente espada.
(*Va á meter mano, y se encuentra sin espada.*)

Mas ¿dónde... ¡cielo santo!
mi espada está?... ¿Quién pudo
quitármela?... (*Horrorizado.*) ¿Lo dudo?
El infierno... ¡qué espanto!...
pues prenda suya era.

VOCES. (*Dentro cerca.*)
Allí está el asesino.

OTRAS. ¡Muera, muera!

LISARD. (*Aterrorizado.*)
Huyamos, si un camino
aun me guarda piadoso mi destino.
(*Corre hácia el muro y vuelve atrás despechado.*)
¡No le hay... sólo la muerte!
Cúmplase pronto mi tremenda suerte.

Salen en confuso tropel soldados, villanos y caballeros de los que ya se han visto en la plaza y en el palacio, todos con espada ó lanza, ó hacha de armas, en la mano derecha, y en la izquierda una antorcha encendida. Se esparcen feroces por la escena rodeando á Lisardo. Detrás de ellos sale Arbolán con corona de oro sobre el morrion, manto real sobre la armadura y la espada en la mano, y le rodean cuatro guardias con alabardas.

UNOS. (*Al salir.*) Aquí está el regicida.

OTROS. (*Idem.*) Aquí está el asesino.

LISARD. (*Al ver venir á Arbolán.*)

Mi manto y mi corona
en quién ¡oh cielos! miro.
¡Ay! de mi pecho es este
el más atroz martirio.

ARBOL. (*Conteniendo á los suyos.*)
No le mateis. Prendedle,
porque no debe, amigos,
morir á honradas manos,
cual noble, en este sitio;
sino á las del verdugo,

en infame suplicio.
(*Todos se contienen, y llega á Lisardo.*)
Humíllate á mis plantas;
confúndete, asesino.

LISARD. (*Con altivez.*)
Mátame. ¿Qué te asusta?
Pasa este pecho mio,
pues me encuentras sin armas
por tu feliz destino.
Que si espada tuviera,
te juro por mí mismo
que tú y estos cobardes
que me insultan altivos,
huyérais de mi saña,
pidiendo á Dios auxilio.

ARBOL. (*Orgulloso.*)
Ríndete, miserable,
que soy tu rey.

LISARD. (*Con desprecio.*) ¡Inícuo
jamás... Un vil aleve
solamente en tí miro,
y en esta infame turba,
rebeldes siervos míos.

TODOS. (*Agitándose en torno.*)
¡Muera!

ARBOL. (*Conteniéndolos.*)
No. Sujetadle,
y al cercano castillo,
cargado de prisiones,
al punto conducidlo.
Allí en un calabozo
confúndase su brio
el plazo de esta noche;
pues al momento mismo
que el nuevo sol alumbre,
en infame suplicio
perecerá, del mundo
y del cielo maldito.

(*Luchan un instante con Lisardo y lo sujetan y sacan de la escena, y con él se van rápidamente todos y Arbolán.*)

ESCENA II

Decoracion corta que representa una oscura prision con dos fuertes rejas, una á la derecha y otra á la izquierda. Es de noche. Sale Lisardo cargado de cadenas, pero puestas de modo que no le impidan el andar, ni la accion de los brazos.

LISARD. ¿Es verdad?... ¿Lisardo soy,
el que no cupo en la tierra?
¿Este calabozo encierra
todas mis grandezas hoy?
¿Es cierto que atado estoy,
y con hierros mi furor
sujeto, por el temor
con que ve cobarde el mundo

mi denuedo sin segundo
y mi indomable valor?...

Es verdad, no hay duda, sí.
Cobardes, viles, traidores,
ahora sacian sus rencores
á mansalva sobre mí.
Pero sepan que aun aquí,
de cadenas abrumado
y de estos muros cercado,
arder en mi pecho siento
aquel volcánico aliento
que el orbe admiró postrado.

Arde, y si el cielo me diera
estos hierros quebrantar,
estos muros derribar
y volver á mi carrera,
lección saludable fuera
mi estancia en esta prision;
sí, saludable lección
que me dice: del dominio,
la sangre y el exterminio
las firmes columnas son.

La sangre de los traidores,
el exterminio total
de todo osado rival,
son sus cimientos mejores.
Si lograran mis furores,
si mi sañuda altivez,
de esta torre la estrechez
burlar... ¡ah!... por vida mia,
que el mundo no me veria,
cual estoy, segunda vez.
(*Se pasea y se oye á lo léjos rumor de música militar, y prosigue animoso.*)

¿Y qué, me cierra el destino
con brazo terrible y fuerte,
en tan angustiosa suerte,
de la esperanza el camino?...
Rumor de tropa imagino
hácia este lado sonar;
aun me pudiera ayudar,
recordando la alta gloria
de tanta insigne victoria
como yo le supe dar.

(*Se acerca á una de las rejas, por donde se ve el resplandor de las hachas de viento.*)

Son ¡ah! mis soldados, sí,
los que glorioso mandé,
los que de lauro colmé,
los que un Dios vieron en mí.
(*Con voz alta hablando por la reja.*)
¡Valientes, miradme aquí!
La traicion, la envidia fiera,
me tienen de esta manera.
Que vuestro esfuerzo leal